

MASONERIA Y ENSEÑANZA DE LA RELIGION EN LA ESCUELA ITALIANA DURANTE LA EPOCA LIBERAL

ALDO A. MOLA

Director del Centro per la Storia della Massoneria (Roma)

DE LA ACTUALIDAD A LA HISTORIA

La normativa de la enseñanza de la religión en la escuela italiana sobre la base del artículo 9 del nuevo Concordato entre el Estado y la Santa Sede (firmado el 18 de febrero de 1984 por el Presidente del Consejo de Ministros, on. Bettino Craxi, socialista, y por mons. Agostino Casaroli, Secretario de Estado del Vaticano), después de más de 6 años de debates sobre los modos de aplicación y del clamoroso contraste de pareceres surgido entre lo dispuesto por el Ministro de Educación y el Tribunal administrativo del Lazio, continúa siendo objeto de controversia en la opinión pública. Tanto más cuanto que el Servicio de Informaciones parlamentarias de la Cámara de Diputados, ha considerado necesario recoger en un volumen apropiado los debates al respecto desarrollados por la Cámara y el Senado en el curso de la X legislatura¹.

Durante la disputa actual, como es obvio en razón de su propia naturaleza, los sectores enfrentados han buscado sus motivaciones en el pasado, estimulando la publicación de obras antológicas² y de fundamento propiamente histórico³. Después de permanecer reservadas las vicisitudes de la escuela durante docenas de años casi exclusivamente a las investigaciones de pedagogos como Dina Bertoni

¹ *L'insegnamento della religione nella scuola. I dibattiti alla Camera e al Senato nella X legislatura*, Roma, Camera dei Deputati, 1989.

² Nicola PAGANO, *Religione e libertà nella scuola cattolica dallo Statuto albertino ai giorni nostri*, Torino, Claudiana, 1990 (publicado por iniciativa de la Società di Studi Evangelici); Enzo CATARSI (a cargo de), *L'insegnamento della religione nella scuola italiana*, Milano, Angeli, 1989 (con cierta redundancia en producciones editoriales, pero índice de las intenciones estrictamente políticas de muchas obras editadas en los últimos años, con menoscabo de rigor historiográfico).

³ Vittorio Telmon GIANNI BALDUZZI (a cargo de), *Pedagogia laica e politica scolastica: un'eredità storica*, Lecce, Milella, 1985.

Jovine, Remo Forcana, Aldo Visalberghi, Antonio Santoni Rugiu, etc., en el último decenio se han convertido en el centro de atención de la historiografía política global, no sólo en cuanto problema referido a la formación de la clase dirigente (de los «altos cuadros» de la sociedad), sino también en cuanto concerniente a la «cultura» general. Así han ido tomando consistencia los esfuerzos por comprender en qué grado el sistema escolar organizado por el Estado Unitario desde su nacimiento, con la aplicación de la Ley Casati, introducida con poderes excepcionales el 13 de noviembre de 1859 para el reino de Cerdeña (cuando éste ya había agrandado sus tierras primigenias con Lombardía y los ducados y legaciones de Emilia y Romaña, arrebatadas al dominio papal), había concurrido a modificar (junto con los cambios socio-económicos globales procedentes de la industrialización) la «mentalidad» de masas.

Una investigación ejemplar en este campo la ofrece la obra de Guerrino Pelliccia sobre la escuela primaria en Roma del siglo XVI al XIX⁴, especialmente si se confronta con lo que escriben, a propósito del sistema escolar de la Capital, Fiorella Bartoccini, Giuseppe Talamo y Gaetano Bonetta en los volúmenes dedicados a la historia de Roma desde la unificación italiana a la Primera Guerra Mundial⁵.

El ramillete de investigaciones sobre educación popular en la Italia liberal, que han prestado atención especial a la educación primaria, ha venido acompañado por algunos egregios trabajos sobre el «aparato» del Ministerio (desde el citado volumen de encuadramiento general de Giuseppe Talamo a los estudios de Romano Ugolini) y por algunas investigaciones monográficas sobre determinadas líneas generales de la estrategia político-cultural inspiradora de la clase dirigente post-unitaria.

De modo general, puede decirse que el centralismo fue surgiendo con tal fuerza que, la concepción laica del Estado propia de la clase política «liberal» en sus varias componentes y manifestaciones (Derecha e Izquierda Histórica, liberal-democráticos, democráticos, radicales, republicanos, reformistas..., incluidos los nacionalistas no clericales), se convirtió en el eje fundamental de la concepción y organización práctica del sistema escolar italiano.

LAICISMO LIBERAL - MASONERIA: UN CAMPO ABIERTO DE INVESTIGACION

Debajo de esta constatación general hay, sin embargo, importantes cuestiones todavía por dilucidar. La refractariedad casi total de la historiografía post-bélica a

⁴ Guerrino PELLICCIA, *La scuola primaria a Roma dal secolo XVI al XIX*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1985 (la obra abarca los años de León X a León XII, 1513-1829).

⁵ F. BARTOCCINI, *Roma nell'Ottocento: il tramonto della città, nascita di una capitale*, vol. XVI de *Storia di Roma*, Bologna, Cappelli; y G. TALAMO y G. BONETTA, *Roma nel Novecento: da Giolitti alla Repubblica*, vol. XXI de *Storia di Roma*, Bologna, Cappelli, 1987. Paradójicamente, aunque se fija en aspectos menudos de la capital, esta obra ignora todo el rol desarrollado por la Masonería.

asumir la Masonería como objeto de investigación, ha impedido salir de la ambigüedad y cercar las raíces auténticas de la gestión liberal de una serie de ministros de Instrucción Pública que, después de la Unificación, pertenecieron a la Institución Fraternal. Es singular, por ejemplo, que ni siquiera en las celebraciones que tuvieron lugar con motivo del centenario de la muerte del ministro Francesco De Sanctis, se pusiera de manifiesto con suficiente evidencia su cualidad masónica. Debe recordarse que puede ser considerado el máximo forjador de la educación de la Tercera Italia (al menos tanto como Casati y Coppino), promovió múltiples iniciativas para organizar los estudios superiores y fue autor de la conocida *Storia della letteratura italiana*.

El ensayo de Tina Tomasi permanece como única obra específicamente dedicada a estudiar la relación (hasta ahora poco explorada) entre Masonería y escuela⁶. Este trabajo es una síntesis de grandes méritos, incluso por su condición de pionero; pero se fundamenta exclusivamente sobre la ensayística y los discursos parlamentarios, sin las adecuadas consultas de archivo, y está empeñado en identificar la Masonería como expresión de la burguesía. A pesar de ello, sus conclusiones merecen una atenta reflexión⁷.

Si aramos el terreno en profundidad observamos, en primer lugar, que estadistas como De Sanctis, Michele Amari (el célebre arabista), Giuseppe Natoli, Domenico Berti, Michele Coppino, Francesco Paolo Pérez, Paolo Boselli, Pascuale Villari, Ferdinando Martini (primer ideador de la Enciclopedia Italiana), Nunzio Nasi, Luigi Cremona (célebre matemático), Noccolo Gallo, Leonardo Bianchi, Enrico De Marinis, Luigi Rava, se sucedieron en la dirección de la Instrucción Pública en Italia desde la Unificación a la Primera Guerra Mundial y que todos ellos fueron masones. Sin embargo, apenas trabajaron en las logias, bien debido a las circunstancias o bien porque no supieron distribuir su propio tiempo. A la vista de estos datos resulta evidente, en primer lugar, la necesidad de realizar un esfuerzo para salir del prejuicio antimasónico que hoy se da en Italia, impulsado hasta el extremo de sentir una especie de repulsa por estudiar los modos en los que se formó y actuó históricamente la Masonería. A la

⁶ Tina TOMASI, *Massoneria e scuola dall'Unità ai nostri giorni*, Firenze, Vallecchi, 1980. Sobre otros temas, aunque no referidos explícitamente a la Masonería, de cultura laica y su influencia en el ordenamiento escolar tras la Unificación, ver también: G. GENOVESI y Carlo G. LACAIATA, *Istruzione popolare nell'Italia liberale*, Milano, Angeli, 1983; E. CATARSI y G. GENOVESI, *L'infanzia a scuola: l'educazione infantile in Italia dalle sale di custodia alla materna statale*, prefacio de Tina Tomasi, Bergamo, Juvenilia, 1985. De Tina TOMASI ver también: *La scuola che ho vissuto*, Bologna, Nuova Fortezza, 1987.

⁷ «Si, a pesar de sus límites, comunes a la burguesía de la época, la Masonería representa durante el siglo XIX, en lo que respecta al campo educativo, una fuerza progresista, no puede decirse lo mismo para el nuevo siglo (...). Escuela y educación en la república están, pues, fuera del alcance no sólo de la influencia sino también, salvo en un primer momento, del interés masónico» (T. TOMASI, *Massoneria e scuola...*, *Op. Cit.*, p. 188). Esta última afirmación fue corregida, por un lado, en lo que escribimos en: «Funzione e fini della scuola nel pensiero di Agostino Berenini», *Corda Fratres*, revista del Centro per la Storia della Massoneria, Roma, I (1989) y, por otro, con las actas de los congresos de profesores universitarios masones y sobre temas escolares organizados por el Gran Oriente tras su reorganización post-fascista.

vez se impone conseguir una evaluación, lo más objetiva posible, sobre la contribución aportada por la Masonería a través de una serie de factores que van desde la formación iniciática y el peculiar conjunto de principios ideales que encierra (que por comodidad reasumimos en la fórmula de «masonismo»), hasta la determinación de los horizontes reales que aquellos ministros (por otro lado frecuentemente incluidos en gobiernos presididos por masones: como Depretis, Crispi, Zanardelli, Fortis...) se fijaron desde la Orden para su acción política personal.

Por otra parte, es necesario preguntarse en qué medida los compromisos profanos adquiridos por la Masonería en un terreno de tanta importancia para definir el rostro civil de la nueva Italia, incidieron, a su vez, en el interior de las logias y sobre el gobierno de la Orden: impulsando a la Gran Maestría a buscar alianzas, de hecho, con fuerzas político-culturales, sólo en parte asimilables al método masónico y que, en efecto, acabaron por revolverse contra ella misma, llegando a expulsar a los masones de su propio ámbito y condenarlos a la persecución. Del mismo modo, hay que valorar las ventajas que adquirió verdaderamente la Masonería (y los daños que sufrió) al arrimarse y dejarse identificar, no sólo en la opinión pública, sino también dentro de las logias, con movimientos no siempre ni en todas partes reconducibles hacia la autenticidad masónica. Es el caso del Librepensamiento como, en general, de las corrientes más exacerbadas del anticlericalismo italiano. Sobre este particular, siguiendo la estela de las magistrales obras del Prof. Pedro F. Alvarez Lázaro⁸, las investigaciones en Italia están apenas en sus inicios.

En las páginas siguientes vamos a someter a prueba el momento más comprometido (y, como se verá, arriesgado), que atravesó la Masonería italiana en su largo empeño por modelar el sistema escolar. La «moción Bissolati» contra la enseñanza de la religión católica en la escuela elemental, presentada en 1907 y discutida en febrero de 1908, fue un momento de *paroxismo* del laicismo italiano en todos los aspectos. En línea con la tesis de Ferdinand Buisson, dicha moción quería prohibir, en nombre de la libertad de pensamiento, una enseñanza considerada *a priori* dogmática e incompatible con la verdadera libertad. Tal pretensión partió por la mitad el campo «liberal» y aisló en la extrema izquierda a un pequeño grupúsculo de laicistas intransigentes, de los que sólo una parte compartían formación y obediencia masónica. Más aún, dividió también a la Masonería, porque una porción de los parlamentarios afiliados a ella (algunos de los cuales habían padecido desde hacía tiempo el maximalismo del Gran Maestro Ettore Ferrari) se negaron a seguir en el Parlamento las directrices emanadas del Gran Oriente. Se trató, a la vez, de denunciar las indebidas interferencias de un poder ajeno a la vida estrictamente institucional, tanto parlamentaria como del

⁸ Véanse, sobre todo: Pedro F. ALVAREZ LAZARO, *Masonería y Librepensamiento en la España de la Restauración*, Madrid, Universidad Pontificia, Comillas, 1985; *Ibid.*, *Libero pensiero e Massoneria dalle origini alla Grande Guerra*, Roma, Gangemi, 1990; y «Reflessi politico-parlamentari della Federazione Internazionale del Libero Pensiero», en *Il Parlamento italiano. Storia parlamentare e politica dell'Italia, 1861-1988*, vol. VIII, Milano, Nuova Cei, 1990.

sistema de partidos, y poner fin al ejercicio de una verdadera o presunta hegemonía del Gran Oriente sobre la cultura laica y liberal.

Mientras los protagonistas estrictamente políticos de estos sucesos encontraron después modo de recuperar posiciones personales dentro de sus propias confrontaciones, la Masonería sufrió en Italia una laceración, de la que hasta hoy no se ha repuesto, y un grave descrédito con la consecuente pérdida de imagen, del cual en absoluto se ha recuperado todavía⁹.

Pero veamos, sumariamente, cómo fueron las cosas.

UN SALOMON EN MINERVA*

El 6 de febrero de 1908, el Ministro de Instrucción Pública, Luigi Rava, emanó el nuevo reglamento general sobre instrucción elemental¹⁰. Su artículo 3 declaraba:

«Los ayuntamientos proveerán a la instrucción religiosa de aquellos alumnos cuyos padres lo pidan, en los días y en las horas establecidas por el Consejo escolar provincial, *a través de los profesores* que sean reputados como idóneos para este oficio y lo acepten, o de otras personas *cuya idoneidad sea reconocida por el mismo Consejo escolar*. Sin embargo, cuando la mayoría de los concejales del ayuntamiento no considere necesaria la enseñanza religiosa, ésta podrá ser impartida, *a cargo de los padres de familia* que lo han pedido, por persona *que tenga el título de maestro elemental y sea aprobado por el Consejo provincial escolar*. En este caso, serán puestos a disposición, para tal enseñanza, los locales escolares en los días y en las horas que serán establecidos por el Consejo provincial escolar».

El texto subrayaba la salomónica decisión sobre *vexata questio* por inspiración directa del Presidente Giolitti¹¹, asumida por el gobierno el 3 de febrero:

⁹ La acusación de injerencia indebida en la vida de los partidos y del parlamento, constituyó el motivo fundamental de la cruzada antimasonica, no tanto por clericales y marxistas (para los que la excomuniación antimasonica poseía otras matrices), cuanto por el sector democrático que consideraba el sistema político como depositario de valores autónomos. Esto explica por qué el *affaire P-2* se ha convertido, en poco tiempo, en el tema principal de una campaña general de lucha para excluir a la Masonería de todos los sectores de la vida pública, comenzando por los que más delicadamente comprometían al Estado (magistratura, fuerzas armadas, etc.).

* Véase nota nº 14.

¹⁰ Alberto AQUARONE, *Lo Stato catechista*, Firenze, Parenti, 1961. Para un encuadramiento general pueden consultarse, entre otros: AA.VV., *Storia della scuola e storia d'Italia, dalla unità a oggi*, Bari, Laterza, 1982; y G. SALVEMINI, *Scritti sulla scuola*, a cargo de L. Borghi y B. Finocchiaro, Milano, Feltrinelli, 1966.

¹¹ Su biografía crítica reciente, entre otros: N. VALERI, *Giovanni Giolitti*, Torino, Utet, 1971; Aldo A. MOLA, *Giovanni Giolitti: grandezza e decadenza dello Stato liberale*, Cuneo, L'Arciere, 1978; Sergio ROMANO, *Giolitti: lo stile del potere*, Milano, Bompiani, 1989; Aldo A. MOLA, «Giovanni Giolitti» en *Il Parlamento italiano. Storia parlamentare e politica dell'Italia, 1861-1988*, vol. VII, Milano, Nuova Cei, pp. 261-82.

enclavada en el principio de reconocer la libertad de las familias a pedir que fuera impartida, o no impartida, la instrucción religiosa a los hijos, pero reservando al poder público el establecer los lugares, horas, personal y, sobre todo, la idoneidad de los «maestros titulados» a los que confiar el espinoso encargo de enseñar la «doctrina católica».

Esta solución, precisamente porque se mostraba deseosa de contentar a todos, quedó a merced de críticas también generales. *Il Corriere d'Italia* (hoja clerical pero cercana al Ministro de Asuntos Exteriores del tercer gobierno Giolitti, Tommaso Tittoni)¹² lamentó que el ministro Rava hubiera dado otro paso adelante en el camino de la abolición de la enseñanza religiosa. Según *La Ragione*, periódico de inspiración republicana, la disposición constituía, por el contrario, una grave concesión al oscurantismo, enmascarado detrás de la delegación pilatesca que el Estado hacía a los ayuntamientos para desembarazarse caso por caso del problema. Por su parte, el cotidiano socialista *Avanti!* reconoció que el reglamento liberaba definitivamente a las administraciones locales de la amenaza, a menudo concretada en el pasado, de ver anuladas por decreto del gobernador eventuales determinaciones de no enseñar la «doctrina católica».

NO AL ESTADO TEOLOGO

La cuestión, en efecto, era especialmente controvertida y había tenido soluciones del todo opuestas a lo largo del tiempo. El art. 2 de la ley Coppino, de 15 de julio de 1877, había establecido que en la escuela elemental, obligatoria y gratuita, se tomarían «las primeras nociones de los deberes del hombre y del ciudadano, la lectura, la caligrafía, los rudimentos de la lengua italiana, de la aritmética y del sistema métrico»¹³. El 9 de marzo de 1977, Coppino, replicando a quienes pedían la exclusión de la escuela de toda enseñanza religiosa y de los ministros de cualquier culto, manifestó que se le pedía demasiado. A su juicio, nada había cambiado sobre lo establecido en 1859 por la siempre vigente ley Casati: en virtud de la cual se instrumentaba que la instrucción elemental comprendía la enseñanza religiosa (art. 315) y que al final de cada semestre el párroco examinaría a los alumnos acerca de esta enseñanza (art. 325). Su reforma, todo lo más, adecuaba la antigua normativa a los cambios sellados por el ascenso al poder de aquella

¹² En ausencia de una biografía suya actualizada, véase: Sergio ROMANO, «Tommaso Tittoni», en *Il Parlamento italiano...*, *Op. Cit.*, Vol. VIII, pp. 249-66. También: Luigi ALBERTINI, *Vent'anni di vita politica italiana*, vol. 3, Bologna, Zanichelli, 1950-53.

¹³ La cita se encuentra en nuestro libro: *Michele Coppino; scritti e discorsi*, Alba, Famiija Albeisa, 1978. En su introducción («Alle radici dello Stato laico: saggio su una retorica politica») remitimos a una interpretación de la figura política de Coppino, que fue Ministro de Instrucción Pública durante casi 8 años, en diversos gobiernos, entre 1866 y 1888.

Izquierda que, con diversas gradaciones, había puesto siempre la laicidad del Estado entre lo más apreciado de sus principios programáticos.

Coppino, iniciado masón en la logia *Ausonia* de Turín, en el remoto febrero de 1860, no ignoraba que dos circulares emanadas de su predecesor en Minerva¹⁴, Cesare Correnti, precisamente en vísperas de Porta Pía (29 de septiembre de 1870 y 12 de julio de 1871), habían establecido que deberían aprender el catecismo católico únicamente los escolares cuyos padres hubiesen hecho petición explícita de ello. Ya en el 1867, siendo Ministro de Instrucción Pública en el segundo gobierno Rattazzi, el antiguo Rector de la Universidad de Turín sabía bien que las escuelas privadas (casi todas de gestión clerical) recogían más de un tercio de los alumnos del reino y que en las clases elementales de muchas provincias italianas los sacerdotes al cuidado de espíritus jóvenes constituían casi la mitad del cuerpo docente. No por medrosidad, sino más bien por cálculo realista de las fuerzas en campo, acompañó la reforma con un «viático» de alcance universal, aunque más defensivo que triunfal: «No somos clericales. Somos hombres que pensamos que la libertad no se debe desear solamente para nosotros, sino para todos». «Sabemos los inconvenientes de la libertad», fue su conclusión. Con tales conceptos, interviniendo en el debate sobre la abolición de la facultad de Teología en la Universidad del Estado, Coppino delineó la doctrina, que después hizo propia Giolitti, según la cual Iglesia y Estado eran y debían permanecer como realidades *paralelas*. Así sentenció en el Aula:

«El Estado no puede ser juez de lo que sea la buena o mala teología. El Estado es laico. No digo que sea ni ateo, ni ignorante. El Estado que ha de tener una teología católica debe al menos saber esto: que aquello que es fe no puede ser decidido por él mismo, sino que hay otro maestro distinto de él: y ante este maestro, el mundo inclina la cabeza: él no discute con ninguno y dice a todos aquello que deben creer, cuales son las verdades en el orden religioso».

Como otros acreditados exponentes de una Tercera Italia de sólido fundamento laicista (Ferdinando Martini, Domenico Berti, Luigi Piancini, Angelo Bargoni, Francesco de Sanctis, etc.), Coppino no ignoraba que las leyes, incluso las mejor intencionadas, estaban destinadas a rendir cuentas con reglamentos, ordenanzas, circulares y a correr con las consecuencias que ocasionasen los siempre posibles recursos al Consejo de Estado por parte de los más tenaces adversarios de las mismas. Así lo tuvo en cuenta respecto al caso de la enseñanza de la religión católica en las escuelas elementales, declarada obligatoria para los ayuntamientos por el supremo

¹⁴ Denominación del Ministerio de Instrucción Pública, tomado del nombre de la plaza de Roma en la que se afincaba, no lejano del Panteón, donde desembocaba la calle Giustiniani. Esta última corre a lo largo del palacio de su mismo nombre, ya sede de la Masonería italiana (en aquella época tenía entrada por la calle Dogana Vecchia, enfrente del Senado).

órgano consultivo del Estado el 17 de mayo de 1878 en virtud de la ley Casati, y que él completó con la suya en lo relativo a los gravámenes que recaían sobre las administraciones locales, pero en la que nada cambió sobre los derechos de los escolares y de las familias. Tal disposición vino remachada por el reglamento de instrucción elemental lanzado también por Coppino la víspera de su dimisión definitiva como Ministro de Instrucción Pública, el 16 de febrero de 1888¹⁵. Una vez más, los ayuntamientos estaban obligados a impartir la catequesis católica en días, lugares, horas y con el personal aprobados por el Consejo escolar provincial sólo a los alumnos cuyos padres hubiesen hecho la correspondiente petición. Coppino fue, no obstante, el estadista que el 23 de marzo de 1888, a propósito de la proposición de ley de su sucesor, Paolo Boselli, sobre el aumento de construcciones escolares, afirmó: «Tener en la mano la educación y la instrucción de la juventud fue siempre una cuestión de primerísima importancia».

La batalla sobre la obligación del catecismo en las escuelas elementales desgastó a todas las fuerzas enfrentadas en una fatigosa lucha sobre casuística menuda, al estar planteada como un contencioso sobre quién, cómo, cuándo y con qué enseñantes se debería proveer para impartir la «doctrina» a los alumnos. Ello hacía perder de vista el nudo principal: si la escuela obligatoria, estatal o local, estaba forzosamente destinada (y por qué inconfundibles motivos) a convertirse en centro catequético. La circular n. 817, propagada por Michele Coppino, el 7 de febrero de 1887, pintaba al maestro como «verdadero benefactor del pueblo», misionero tensado para «formar una población en cuanto sea posible instruida pero principalmente honesta, trabajadora, útil a la familia y devota de la Patria y el Rey» y comprometido a «guiar a los jovencitos en la práctica de los deberes hacia Dios, hacia los semejantes y hacia sí mismo», encaminándoles «a los principales sentimientos sociales». «La ley de instrucción pública (según convicción del ex ministro, que a este respecto fue muy aplaudido por la Asamblea), se coloca ante este individuo complejo y misterioso que se llama hombre, buscando presagiar en el joven el futuro ciudadano y preparar con ello los destinos de las generaciones del futuro».

Siete años más tarde, Guido Baccelli, Ministro de Instrucción en el tercer gobierno Crispi, al preparar el nuevo reglamento de la escuela elemental, a pesar de los inflamados laicistas excitados por la solemne celebración del 20 de septiembre en el Gianicolo y el alboroto anticlerical creciente en Italia, prosiguió en el

¹⁵ En los años siguientes, Coppino jugó un papel destacadísimo para hacer aprobar en la Cámara el proyecto de ley para levantar un monumento nacional a Giuseppe Mazzini, símbolo de la República. Tal proyecto fue impulsado también por Crispi y por Lemmi, que querían atraer hacia el área de influencia de la institución hasta a los más intransigentes seguidores de los ideales mazzinianos. El monumento fue realizado por Ettore Ferrari, autor también del *Giordano Bruno* de Campo de Fiori, pero hasta 1949 no fue colocado en el Aventino. Sobre Coppino, ver Giuseppe TALAMO, *Il Parlamento italiano...*, *Op.Cit.*, vol. II; y del mismo autor, la voz correspondiente a Coppino del *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma-Bari, Istituto per l'Enciclopedia Italiana.

antiguo surco en lo referente a la enseñanza de la religión: también para el gobierno de Crispi, masón investido con el grado 33 y pintado por la prensa clerical como un endemoniado come-curas, los ayuntamientos debían enseñar la «doctrina católica», si así les era pedido.

Es pues claro que aquellos ministros practicaban también desde posiciones de poder, estando en el gobierno del país, los principios de libertad y de tolerancia resaltados en las logias. En aquella fase histórica (desde el *Risorgimento* hasta fin de siglo) la Franc-Masonería en Italia se confirmó, incluso ante la prueba de los hechos que suponía el terreno de la confrontación directa con la Iglesia, como inspiradora de actitudes mesuradas y comprensivas, lejana de los tonos agresivos de algunos sectores extremistas cuyos exponentes sólo temporal y parcialmente habían formado parte de la Orden Masónica¹⁶.

«HACER COMO EN FRANCIA»: ESCUELA LAICA

El impulso hacia el cambio vino del extranjero (y precisamente de Francia) netamente precedido, en el plano de la laicización de la escuela, por las leyes Coppino – De Sanctis, preparadas en Italia mientras los gobiernos trasalpinos recurrían a la devoción por el Estado como factor cohesionador de la Tercera República.

Las disposiciones asumidas por el «hermano» Jules Ferry entre 1880 y 1886 (bajo presión del Gran Oriente de Francia, dirigido por el pastor protestante Frédéric Desmons)¹⁷ y, aun más, las leyes preparadas por Waldeck-Rousseau en 1901 y la sucesiva abolición de las congregaciones religiosas, detentoras del control de una consistente red de las escuelas, no sólo elementales, constituyeron un ejemplo estimulante para los anticlericales italianos. Estos, además, tenían establecida una estrecha colaboración con Francia, Bélgica y, sobre todo, España, a través de la Federación Internacional de Libre Pensamiento que en 1904 celebró en Roma un animado congreso internacional.

Sus excesos e intemperancias fueron provocados por la perentoriedad de la encíclica *Libertas* por medio de la cual, el 20 de junio de 1888, el papa León XIII¹⁸

¹⁶ Sobre tales contrastes vuelve, con copiosa documentación, Pedro ALVAREZ LAZARO en *Libero pensiero...*, *Op. Cit.*, sobre todo en la Parte Tercera. Ver también nuestra introducción a este libro: «Un imbroglia del diavolo: il Congresso di Roma del 1904». Sobre los contrastes entre anticlericales y masones (a estos últimos no pueden atribuirse los excesos ajenos como, por ejemplo, la tentativa de arrojar al Tíber los restos mortales de Pío IX durante su traslado nocturno desde San Pedro a S. Lorenzo de Extramuros, entre otros), véase igualmente: G. SPADOLINI, *Le Due Rome. Chiesa e Stato fra '800 e '900*, Firenze, Le Monnier, 1975 (3ª edic. aumentada), y «Per una storia dell'anticlericalismo» en *I repubblicani dopo l'Unità*, Firenze (2ª edic. actualizada).

¹⁷ Sobre este personaje: Daniel LIGOU, *Frédéric Desmons et la Franc-Maçonnerie sous la Troisième République*, Paris, Gedalge, 1966.

¹⁸ Respecto a los tempestuosos pronunciamientos de León XIII contra la Masonería: Rosario F. ESPOSITO, *La Massoneria in Italia dall'Ottocento a oggi*, Roma, Edizioni Paolini, 1979 (5ª edic.)

había afirmado que la libertad de enseñanza era «contraria a la religión y nacida para pervertir las inteligencias»: en perfecta consonancia con cuanto esperaban oír los irreductibles adversarios de la escuela pública, a juicio de los cuales «la instrucción sin educación se convierte en dañina y peor que la ignorancia, sirviendo para formar hombres más astutos y habilidosos en hacer el mal y sustraerse a sus sanciones y consecuencias».

Por otra parte si el censo de 1901 registraba aun el 48,7% de analfabetos en la población mayor de 6 años, con crestas que alcanzaban el 60% en Umbría, el 62,5% en las Marcas, el 70% y más en las islas de Sicilia y Cerdeña y llegaban a tocar el 80% en Calabria. Los verdaderos nudos a desatar no eran, por tanto, la alternativa entre instrucción y educación ni la opción entre catecismo católico y deberes cívicos, sino la construcción de edificios escolares, la formación de maestros y la difusión capilar de la instrucción: en resumen, la alfabetización de la mitad de los italianos. Sin embargo, socialistas, republicanos, radicales y democráticos (siempre en primera fila en la batalla escolar, aun más vivaz después de la subordinación, en 1882, del derecho de voto al diplomado en segunda elemental), tenían la convicción común de que la exención de la escuela pública de todo vínculo religioso y la exclusión del clero de la misma, potenciaba la instrucción elemental.

De tal convicción se hizo partícipe el Ayuntamiento de Milán que (bajo el impulso del alcalde Giuseppe Mussi, de Malachia De Cristóforis y de otros campeones del laicismo militante) el 26 de noviembre de 1902 ignoró la obligación que tenía de hacerse cargo de la enseñanza religiosa. Por su parte el Consejo de Estado (mientras estaba como Jefe de Gobierno Giuseppe Zanardelli, a la sazón grado 33, y era Ministro de Instrucción Nunzio Nasi, presidente en ejercicio del Rito Simbólico Italiano, uno de los dos cuerpos de la Masonería italiana) no dudó en sentenciar, el 8 de Mayo de 1803, que al art. 2 de la ley Coppino había abrogado el art. 315 de la ley Casati e invitó al gobierno a intervenir con una ley a propósito para disolver y superar la prolongada ambigüedad de la normativa al respecto. En contraste con estas actitudes, el Ministro del Interior de aquella época, Giolitti, había trasladado drásticamente de Pisa a la menos agraciada Foggia al gobernador Carlo Bacco en Agosto de 1901¹⁹, por no haber reprimido enérgicamente las intemperancias anticlericales, con puntas antimonárquicas, que tuvieron lugar con ocasión de la conmemoración conjunta celebrada en memoria de Giordano Bruno y de Galileo Galilei. No solamente ésto: el 11 de junio de 1903, a punto de dimitir como ministro, el estadista de los Alpes Bajos invitó a Zanardelli a desestimar un proyecto de ley, en el cual tenían mucho interés el Presidente y sus seguidores, sobre la introducción del divorcio «que sería en manos del partido clerical un arma peligrosa contra el partido liberal».

Giolitti dejaba entender que el anticlericalismo estaba destinado a dividir las distintas fracciones liberales en vez de unir las, precisamente porque era uno de los

¹⁹ Futuro autorizado exponente de la Asociación «Giordano Bruno», como se evidencia en su necrología en *L'Almanacco de «La Ragione»*, Roma, 1923, vuelto a publicar en Aldo A. MOLA (a cargo de), *Anticlericali e laici dinanzi al fascismo*, Foggia, Bastoggi, 1986.

motivos fundamentales de su distanciamiento de Zanardelli. Por ello, desde su llegada a la presidencia del Consejo de Ministros, los que impulsaron más decididamente la laicización de la escuela obligatoria no podían albergar grandes esperanzas. Las perspectivas de estos últimos tampoco mejoraron con el Congreso Mundial de Libre Pensamiento, celebrado en Roma en septiembre de 1904, ya que aquel fatídico mes, fracasada la huelga general y disuelta la Cámara, fue prelude de la primera suspensión sólida del *non expedit* en favor de candidatos gubernamentales y de las primeras elecciones de diputados católicos.

En el bienio sucesivo los gobiernos Fortis y Sonnino, y los respectivos ministros y subsecretarios del Ministerio de Instrucción (Leonardo Bianchi y Luigi Rossi primero, Enrico De Marinis y Benedetto Cirmeni después, Paolo Boselli y Luigi Credaro por último: masón notorio el que más o el que menos, o muy sensible el resto a las sugerencias del Gran Oriente), se mostraron, sin embargo, mucho menos decididos en desanimar la pretensión de los anticlericales de «actuar como en Francia». Ello tuvo eco incluso en la Federación Nacional de Docentes de Enseñanza Media (FNISM), cuyo presidente, Raffaele Badia, en un telegrama a Clemenceau, alabó la: «obra actual gobierno francés, benemérito defensor derechos democracia causa civilización».

Resuelto el cisma entre el Gran Oriente de Italia («liberal») y Gran Oriente Italiano («radical-socialista»), con su reunificación en Diciembre de 1904, y después de atribuirse explícitamente un vigoroso compromiso militante, la Masonería italiana decidió bajar igualmente a la arena para afrontar de una vez para siempre el problema sobre la enseñanza de la religión católica²⁰.

El año 1907 estuvo marcado por un sinfín de tensiones y debates periodísticos sobre la naturaleza y fines del laicismo, sintetizados en el sexto congreso de la FNISM, en la contraposición entre las posturas de Giovanni Gentile, para el que la enseñanza de la religión en la escuela elemental era necesaria porque «sin religión, con sus mitos y con sus dogmas, no hubiera habido nunca filosofía»; y de Gaetano Salvemini, a juicio del cual el Estado no renunciaba a su laicidad aunque se impartiese la enseñanza religiosa a petición de las familias.

Este último intentaba, a su vez, separar el laicismo del anticlericalismo masónico, que a su parecer pecaba de dogmático. Le replicó Mariano Vittori, que se hizo portavoz del anticlericalismo masónico en el mismo congreso, con una impetuosa reprimenda antisalveminiiana. En esta misma línea, el orden del día presentado por P.R. Troyano, de la Universidad de Turín, resaltó el carácter «esencialmente laico» del Estado moderno e invocó la «perfecta laicización de la escuela pública en todos los niveles».

²⁰ Sobre las vicisitudes del cisma Plaza del Gesù (la Obediencia nacida de escisión del Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y que tomó su nombre de la segunda sede en la que se estableció) del Gran Oriente de Italia: F. CORDOVA, *Massoneria e politica in Italia, 1892-1909*, Bari, Laterza, 1985.

Arrojándose contra la Masonería, Salvemini afirmó por su parte:

«Si el catecismo clerical es inaceptable en la escuela laica, un catecismo laico sería peor que inaceptable: sería estúpido. El maestro no debe enseñar lo que al gobierno le gusta que sea la verdad, sino lo que él en su conciencia cree que es la verdad».

y puso en guardia a los discípulos de Giuseppe Mazzini, el cual, a pesar de su atributo como «apóstol de la libertad», en la práctica «negaba enérgicamente la libertad de enseñanza». Pero sobre todo recordó a los seguidores del ex Gran Maestro Nathan, que su éste, «en alguna medida mazziniano, aprovechó el momento propicio (es decir la presencia del «hermano» Nunzio Nasi en el Ministerio de Instrucción Pública) para imponer como libro de texto en las escuelas *I doveri degli uomini* de Mazzini: libro rezumante de dogmatismo religioso desde el principio al fin».

La verdadera clave de la cuestión estaba sin embargo en otra parte. En su tercer gobierno Giolitti había nombrado Ministro de Obras Públicas a Emanuele Gianturco, «paladín del clericalismo», como escribió al Presidente del Consejo de Ministros el 27 de mayo de 1906 el radical Carlo Romussi, director del *Secolo* de Milan. Tras ese nombramiento ni siquiera el Ministro de Instrucción Pública del gobierno giolittiano, Guido Fusinato, consiguió asegurarse excesivas simpatías entre los laicistas a ultranza, pues, como él mismo comunicó al Presidente, tanto Salvatore Barilai como Antonio Fradeletto, almas del anticlericalismo más combativo, estaban muy decididos a instaurar un gobierno Sonnino que durase veinte años movidos por las espinosas relaciones con los católicos. Fusinato, al presentar su dimisión el 2 de agosto de 1906, fue sustituido por Luigi Rava, garante de una línea de defensa laica de la cual no sólo los anticlericales sentían necesidad. La opinión pública estaba impregnada por las candentes polémicas contra los colegios y las escuelas de gestión religiosa, habiéndose convertido en el meollo de dichas polémicas los actos inmorales perpetrados por los docentes tonsurados en perjuicio de los alumnos. En el bando laicista, por el contrario, se truncaban en la correspondencia reservada del Ministerio de Instrucción Pública los resultados de las investigaciones que habían sido efectuadas también en escuelas públicas a consecuencia de la denuncia de hechos escabrosos. No solamente esto, sino que desde hacía mucho tiempo se daba por descontado que para obtener plaza de maestra en muchas zonas del reino y, sobre todo, para mantenerla durante los años siguientes, muchas jóvenes, por entonces albergadas en casas del municipio, aceptaban, incluso contra su voluntad, las «molestas atenciones» de los administradores locales y sobre todo del alcalde. El desconcierto suscitado por cuanto afloraba de las investigaciones, generalmente rodeadas por la máxima reserva, encontraba escaso eco, debido a que la prensa de opinión, prevalentemente «laica», no consentía en su combatividad que episodios graves pero circunscritos pudieran arrojar sombras

sobre uno de los pilares fundamentales de la nueva Italia, como era precisamente la escuela.

A los «casos» surgidos en colegios de gestión religiosa se les daba otro alcance muy distinto, precisamente porque permitían unir la denuncia de un malestar general a la lucha particular contra las escuelas privadas y sobre todo contra las clericales. Además servían oportunamente para alimentar la ofensiva contra la silenciosa pero numerosísima afluencia hacia Italia de las congregaciones religiosas abolidas en Francia. Debe recordarse que por entonces el gobierno italiano (en una estrategia global de competencia con la «hermana latina», que se extendía a Ultramar por la relevancia que allí tenían los «misioneros» católicos) dispensaba tácita pero favorable acogida a las congregaciones religiosas llegadas desde el país vecino, en espera de confirmar los posibles acuerdos concretos con el poder de la otra orilla del Tíber, sobre todo porque estaban en juego intereses de política exterior.

EN EL ORIENTE DE LEONIDA BISSOLATI

La difusa hostilidad hacia los institutos de gestión clerical ni se tradujo en medidas específicas de leyes y disposiciones concretas ni tan siquiera llegó a adquirir forma precisa y homogénea en el frente más organizado del anticlericalismo: la Masonería. En muchas logias se había propuesto a lo largo del tiempo poner en marcha un instituto escolar explícitamente masónico²¹. La Junta de Gobierno de la Orden había ignorado sin embargo tales solicitudes, por un lado consciente de que el camino mejor para suplir las carencias de instrucción pública no podía ciertamente consistir en la creación de una especie de escuela modelo para futuros militantes anticlericales y, por otro, debido a la fundada sospecha de que dicha escuela se convertiría rápidamente en lugar de lucha entre los diversos espíritus del masonismo italiano. Por entonces ya se registraba en el seno de la Francmasonería la contraposición entre los laicistas «duros y puros» (comprometidos en el frente político-partidista) y los autores de la vuelta de la Orden a la tradición iniciática, que tuvo importantes consecuencias sobre la libertad de los ritos y sobre la propagación en los templos del neoespiritualismo²².

Los internados «laicos», por lo demás, se habían limitado a sustituir los ritos católicos con otros simulacros de culto. Por ejemplo en Alessandria, un centro

²¹ Aldo A. MOLA, *Storia della Massoneria italiana della Unità alla Repubblica*, prefacio de Paolo ALATRI, Milano, Bompiani, 1976. En esta obra he utilizado los procesos verbales de la Junta Ejecutiva (instituida en 1893) y del Consejo de la Orden de la Masonería italiana, liberalmente puesto a disposición del Gran Maestro, Lino Salvini, de acuerdo con el Gran Maestro, Giordano GAMBERINI.

²² Véase a este respecto nuestra ponencia sobre «Stampa massonica, liberale, anticlericale», desarrollada en el Curso de Verano de la Universidad Complutense de Madrid en agosto de 1990, en curso de publicación en el volumen: *Masonería y periodismo*, a cargo de J.A. FERRER BENIMELI, Madrid, Universidad Complutense, 1991.

manufacturero del Piamonte con fuerte presencia socialista, en vez de las plegarias católicas de la mañana y de la tarde las colegialas estaban obligadas a recitar jaculatorias de este género:

«Sea bendito este día que camina hacia su término y benditas nosotras también si hemos cumplido todos nuestros deberes, si nuestra conciencia no tiene nada que reprocharnos, si hoy nos hemos hecho mejores que ayer, si hacemos promesa de ser siempre más buenas y laboriosas. Recordemos a nuestros queridos difuntos, recordemos a todos los infelices que en esta hora sufren por las enfermedades o por expiaciones, recordemos a todos los desgraciados que en este momento no tendrán pan, no tendrán casa y propongámonos crecer útiles a nosotras y a los hombres como hermanos socorriéndoles en toda desventura. Buenas noches».

En 1905 sucedieron varios acontecimientos interesantes. En su transcurso tuvo lugar la contraposición entre las solemnes celebraciones masónicas del centenario de Mazzini y la procesión romana del *Corpus Cristi*. Igualmente, la Junta del Gran Oriente pronunció una censura formal contra Antonio Fogazzaro por el homenaje que rindió a la Congregación del Índice que había condenado la novela *Il Santo*. Debía por consiguiente ser excluido del Consejo Superior de Instrucción Pública, en opinión de la Junta, dado que ya no daba «garantía de aquella absoluta independencia y libertad de pensamiento científico, que es indispensable para un miembro de aquel Consejo»²³. Pero sobre todo, también en 1905, se instituyó una comisión especial de prevención contra el Vaticano, formada por Salvatore Barzilai, Ernesto Nathan, Agostino Berenini, Dario Cassuto y por el ilustre químico y senador del reino Emanuele Paternò. En su composición se apreciaba tal preponderancia de hebreos que llegó a alimentar las preocupaciones incluso de los laicos, como Carlo Romussi (el cual, ya en la formación del segundo ministerio Giolitti, había comunicado al Presidente el desconcierto suscitado por la inclusión en el gobierno de Luigi Luzzatti, porque «hebreo él, ha llevado consigo dentro otros dos» —Orlando y Tedesco—), y a crear malestar hasta en quienes habían defendido a Dreifus y no podían, por consiguiente, ser «tachados de estúpida vulgaridad antisemita».

La iniciativa del Gran Oriente fue en aumento durante el curso de 1906, tomando al fin cuerpo con la presentación de una moción parlamentaria (firmada por Leonida Bissolati, Aroldi, Mirabelli, Taroni, Chiesa, Comandini, Costa, De Felice Giuffrida, Turati, Barzilai, Vallone, Larizza, Camerini, Tasca di Cutò, Gattorno, Sacchi, Borghese, Enrico Ferri, Montemartini, Agnini, Badaloni y

²³ Aldo A. MOLA, *Storia della Massoneria...*, *Op. cit.* Por otro lado es preciso recordar que el propio Ernesto Nathan, durante su Gran Maestría, había trabajado en favor de Fogazzaro y de los modernistas, en los que entreveía rasgos de renovación eclesial y cultural. La meta de esta reflexión fue la conclusión elegida por Nathan: *Vent'anni di vita italiana attraverso l'«Annuario»*, (Notas y comentarios de Ernesto Nathan) donde como símbolo de la Italia emergente tomó un cuidado especial de la colina en la que construyó el edificio para la escuela de su pueblecito; con la ayuda de los parroquianos-ciudadanos. Véase también esto en nuestro artículo «Un "gran maestro" dell'Unità nazionale: Ernesto NATHAN», en AA.VV., *Storia della Massoneria, testi e studi*, Torino, Edima, 1981, vol. I, pp. 115-95.

Pansini: socialistas, radicales, republicanos y masones notorios en buena parte), en la que se invitaba a la Cámara y al gobierno «a asegurar al carácter laico de la escuela elemental, vetando que se imparta en ella, bajo cualquier forma, la enseñanza religiosa».

Hasta ahora ha permanecido oculto que el 23 de febrero de 1907 el Gran Maestro, Ettore Ferrari, envió a los parlamentarios afiliados al Gran Oriente una firme admonición para «sostener el principio, que fue siempre viva aspiración nuestra, de que la escuela se convierta en absolutamente laica y sea marginada en ella cualquier enseñanza confesional» y para obrar «con toda energía porque la cuestión sea finalmente resuelta en conformidad del programa masónico, marginado muchas veces por mis ilustres predecesores y por mí mismo, coherentemente con las votaciones de nuestras asambleas, en las cuales todos los masones deben rígidamente uniformarse». A esta carta Ferrari unió el elenco de los parlamentarios «en sueños», «para que sean vivamente incitados por parte de los diputados masones activos a cumplir con su propio deber ante una cuestión, tan alta y precisa, que no puede prestarse a disparidad de juicios en los diversos niveles del partido liberal y que es parte sustancial del programa masónico». Fueron consultados también cuantos, como Eduardo Daneo y Tommaso Villa, habían sido desde hace poco irradiados de la Orden por haber suscrito acuerdos electorales públicos con fuerzas católicas contra listas «del bloque», esto es, formadas por liberales de izquierda, radicales y socialistas.

El Gran Oriente juzgaba en efecto inminente la batalla decisiva para la suerte del País. El Presidente de la Cámara, Giuseppe Marcora (habiendo oído al jefe del gobierno, Giolitti) decidió tener la moción Bissolati «bajo mallette», en la esperanza de que el curso de los acontecimientos la vaciase de peligrosidad política. El 15 de enero de 1907 la *Rivista Massonica* había sin embargo publicado una nota cortante en la que se afirmaba que el Estado debía avocar hacia sí la instrucción primaria, hasta ahora gestionada por los Ayuntamientos, aun en vista de la concesión del sufragio universal tanto masculino como femenino. En el mismo año, los portavoces del Gran Maestro en ejercicio replicaron a quien observaba que «en las logias se hace (—ía) ahora un poco demasiado política y demasiado poca masonería y además la política que allí se hace (—ía) es (era) de calderilla, a salto de mata, por impresiones, desordenada; no la política alta, general, patriótica y educativa» de los tiempos de Lemmi y de Nathan, que «las logias de la Comunion italiana (debían) ocuparse de todas las cuestiones que interesaban a la vida del País»²⁴.

Las cosas no podían ser de otra manera, aunque en el Parlamento, todavía bajo los ecos del *affaire des fiches* que había explotado en Francia (donde había resultado que el Ministro de la Guerra, André, había confiado a la Masonería la

²⁴ E. FROSINI, «¿Lavoro profano o lavoro massonico?», *Rivista Massonica*, Roma, 30 abril 1907, pp. 170 ss.

tarea de «fichar» secretamente a los oficiales para asegurarse el grado de lealtad a la República y de adhesión a los fines laicistas del gobierno), se denunciaba la afiliación de los militares y, en general, de los funcionarios públicos, sobre todo de los magistrados²⁵.

«GUERRA DE RELIGION» EN EL GOBIERNO GIOLITTI

Entre finales de abril e inicios de mayo, cuando el bloque popular se preparaba a la batalla electoral culminada con el nombramiento de Nathan como alcalde a la Capital del reino, la disputa sobre la enseñanza religiosa en las escuelas elementales desequilibró la estabilidad del gobierno.

Emanuel Gianturco, refiriéndose a un coloquio al respecto mantenido con Giolitti un par de semanas antes, escribió al Presidente:

«La educación religiosa entra en el derecho y en el deber de los padres de educar a los propios hijos, y es tarea esencial paterna el decidir si la referida enseñanza debe o no ser impartida. Por otra parte el reabrir un debate que en muchos países era y es ardentísimo, no deja de ser peligroso, a mi parecer, ni siquiera en Italia, donde los Combistas (es decir, los émulos del ministro francés Emile Combes, encendido anticlerical) no faltan: y el más pequeño acontecimiento les llevaría a pedir intrépidamente mañana que la imagen de Cristo quedase marginada de las escuelas y de los tribunales, prendiendo así en el país aquella lucha religiosa que ha sido una gran dicha haber evitado hasta ahora en Italia. No te escondo, que oí con sorpresa que tu opinión era otra; y precisamente favorable a que concerniese a las inestables mayorías, en algunas ocasiones clericales, en otras socialistas, de los Concejos de los ayuntamientos el decidir una cuestión que ha sido siempre, y por todas partes, considerada como competencia del Parlamento o bien remitida al *inapelable* juicio de los padres de familia»

Después de haber tomado nota de las orientaciones del gobierno (compartidas incluso por el Ministro de Asuntos Exteriores, Tittoni, a pesar de estar vinculado por partida doble al Vaticano y de que su hermano, Romolo, dirigía el Banco de Roma), Gianturco amenazó con su dimisión tras conocer la comunicación que informaba sobre las mismas presentada por el ministro Rava a la Cámara. Cediendo a la presión personal de Giolitti retiró la amenaza en un primer momento, pero el 7 de noviembre dimitió definitivamente. Su cartera ministerial fue ocupada entonces por Pietro Bertolini, que había sido Subsecretario en el Ministerio de

²⁵ Al respecto: Andre COMBES, *La Massoneria in Francia dalle origini a oggi*, Foggia, Bastogi, 1986; y Pierre CHEVALIER, *Histoire de la Franc-Maçonnerie française*, Paris, Fayard, 1975, vol. III.

Hacienda presidido por Sonnino en el último gobierno Crispi y en el Ministerio del Interior dirigido por Pelloux en el segundo ministerio del general savoyano. Pero, por otra parte, las secciones unidas del Consejo de Estado dispusieron, el 12 de diciembre de 1907, que: «dada la situación del derecho positivo vigente, la enseñanza religiosa por parte de los ayuntamientos (era) obligatoria». Tal disposición obligó al ministro Rava a afrontar la tortuosa cuestión en el ámbito del reglamento general sobre instrucción elemental, cuyo art. 3, como se ha visto en el párrafo «Un Salomón en Minerva», confiaba la decisión a los Concejos de los ayuntamientos a los que los padres de familia hubiesen hecho la petición oportuna.

UN DEBATE SOBRE LOS DESTINOS DE LA NUEVA ITALIA

El 14 de enero de 1908 la Junta del Ayuntamiento de Roma, presidida por el alcalde Ernesto Nathan, concurrió a encender definitivamente la pólvora del debate parlamentario, dado que intimidó a las cámaras y al gobierno para declarar «explícitamente extraña a la escuela primaria cualquier forma de enseñanza confesional».

El Gran Maestro exhortó a todos los diputados masones a intervenir en el debate sin indecisiones posteriores. Para llamar al orden a Rava invitó a Teresio Trinchero y al prof. Gustavo Canti. Por entonces G. Canti era el presidente de la comisión especial (formada por Meuccio Ruini, Giuseppe Aurelio Costanzo, Achille Levi y Giovanni Ciralo) encargada, desde abril de 1907, de seguir la trayectoria de la moción Bissolati. Esta última, escribió Anna Kuliscioff a Filippo Turati, era una «cuestión tan importante y llena de sorpresas, que desde hacía años no se había presentado nada análogo en la Cámara».

La moción resultaba conceptualmente opuesta al plan de cuantos, como Gianturco, pretendían que la cuestión de la enseñanza religiosa fuese reglamentada por el gobierno: con la diferencia de que, mientras los católicos esperaban la confirmación, los laicistas intransigentes pretendían que se pronunciase la prohibición. El debate afectó al conjunto del Estado y al propio destino histórico de la Tercera Italia. Además de casi todos los firmantes, concurrieron allí: parlamentarios católicos como Cameroni, Stoppato y Santini; muchos de los más prestigiosos exponentes del mundo liberal, como Salandra, Finocchiaro Aprile, Ferdinando Martini y Sidney Sonnino; los radicalizantes Ettore Sacchi y Francesco Saverio Nitti; el reformista Agostino Berenini y, tras muchas dudas pero impulsado definitivamente por Anna Kuliscioff, el socialista Filippo Turati.

La discusión tuvo comienzo el 18 de febrero de 1908²⁶: un día después del emblemático aniversario de la muerte en la hoguera de Giordano Bruno, que aquel año aun pudo celebrar Giovanni Gentile. Bissolati vaticinó en la apertura: «Una

²⁶ Una síntesis del debate en A. AQUARONE, *Lo Stato catechista...* *Op. cit.*

gran crisis es inminente; lo dice el gran despertador, que en verdad es necesario reconocer, de las fuerzas católicas; y ¡nosotros debemos afrontar esta crisis!. Esta crisis no se evita con expedientes, con medias tintas» «¡Esta crisis es necesario afrontarla!», incluso, aunque, preveía, «muchos de nosotros acabemos enterrados».

En confirmación del peligro inminente, el mismo 18 de febrero el Concejo del Ayuntamiento de Nápoles aprobó, con el voto del masón Pascuale Del Pezzo pero en ausencia de la minoría laicista, la invitación al gobierno para mantener vigente la enseñanza religiosa. Este documento resultó tan desconcertante que determinó la dimisión como concejal del senador Tomasso Senise, liberal pero no masón. Ahora ya todas las posiciones se entrecruzaban y se contradecían.

El 20 de febrero el parlamentario Stoppato presentó en el Aula un orden del día («La Cámara, convencida de que, en base a las leyes vigentes y en obsequio a los padres de familia y a la libertad de conciencia, los ayuntamientos debían proveer a la instrucción religiosa de aquellos alumnos cuyos padres lo pidan, pasa al orden del día») que manifestaba la adhesión de los católicos a la reglamentación Rava. Siguió una lluvia de otros órdenes del día, entre los que se encontraba el propuesto por el «giolittiano» de centro-derecha Emilio Pinchia (1842-1934), diputado por Torino en 1890, y por Emilio Bianchi, a su vez de centro-derecha y profesor libre de Derecho civil en la Universidad de Pisa, según el cual la enseñanza religiosa en la escuela primaria, impartida a petición de los padres de familia, respondía «a un principio nacional». Por su parte, Giuseppe Majorana Calatabiano (Catania, 1863-1940), profesor en la Universidad de Messina y de Catania y diputado por Paternò en 1897, inclinado hacia la izquierda, abrió la sesión del 21 de febrero explicando un orden del día en el que se recomendaba que tanto las personas encargadas como los modos de impartir la disputada enseñanza convergiesen «a los fines de la unidad y de la grandeza civil de Italia».

Ferdinando Martini, ex-ministro de Instrucción Pública, previno para que no se traicionara la «cavouriana» separación Estado-Iglesia a medio siglo de la Unificación y recordó que «el 20 de septiembre no es solamente una fecha gloriosa en la historia de Italia; sino una fecha indicadora en la historia del mundo». Después de Nitti y otros, el 22 de febrero el diputado clerical Felice Santini (Roma 1850-1922), destinado a sucumbir en 1909 precisamente en el enfrentamiento electoral con Bissolati pero compensado en 1912 con la nominación a senador, se levantó a comentar el siguiente y lapidario orden del día: «La Cámara rechazó la moción Bissolati». Su intervención arrastró tras de sí otras análogas de Fani y de Queirolo.

Le tocó después la vez a Agostino Berenini, que «invitó al gobierno a abolir la enseñanza religiosa, de cualquier tipo, en la escuela elemental». El 25 de febrero el católico Mauri comentó un prolijo orden del día, Finocchiaro Aprile se mostró claramente contrario a la instrucción escolar religiosa y Leonardo Bianchi defendió que «el carácter laico es ayuda para el Estado civil moderno».

Al día siguiente intervinieron Ettore Sacchi, firme en la separación Iglesia-Estado, y Sidney Sonnino, que se pronunció a favor de la línea gubernamental en

virtud de la máxima de oro: «No pretendas que haga el Ministerio lo que tú no harías al Gobierno» y juzgó «feroz» la moción Bissolati. Al final de esta sesión el ministro Rava rechazó también tan controvertida moción, a cuyo parecer nacía «de un sentimiento ateo», y opuso la moral, «de la cual siente necesidad y exalta las finalidades en la ciencia y en la sociabilidad» a la tradición de la «escuela italiana laica, neutra y liberal». Durante la misma jornada, Turati deploró que la burguesía no hubiese sabido defender las propias glorias, la conquista de la concepción científica de la naturaleza y de la sociedad, ni realizar con animosa coherencia la plena laicización de la escuela en nombre del progreso impulsado por la economía y por la «alta investigación».

Quien intentó procurar verdaderamente un consenso más amplio a favor de la moción Bissolati fue el turinés Vittorio Moschini (1864-1940), ingeniero, elegido por el colegio de Portogruaro en 1904 y miembro del grupo parlamentario radical. A tal fin propuso una enmienda en la que se afirmaba la incompetencia del Estado para disciplinar toda enseñanza dogmática, «que no puede encontrar sede en las escuelas públicas primarias». El 27 de febrero el Presidente Giolitti se declaró no menos partidario de rechazar la moción Bissolati, contradictoria con la línea del gobierno, que la enmienda Moschini, que constituía «una motivación pura y simple» y además contradictoria ya que intentaba obligar al Estado a prohibir la enseñanza confiriéndole pleno poder, contra toda lógica, en la materia en la que lo declaraba incompetente. El Presidente del Consejo concluyó:

«Los sistemas no pueden ser más que tres: o prohibir, o imponer o dejar libertad. Nosotros creemos que la amplia vía de la libertad es aquella que corresponde a los sentimientos de la inmensa mayoría de los italianos, y que con más seguridad conduce al verdadero progreso y a la prosperidad de nuestro país».

LA ITALIA «LAICA» EN UN 11,5%

La moción Bissolati fue al final rechazada por 347 votos contra 60, tras ser sometida a votación en fases separadas. A su favor lo hizo un grupo compuesto por socialistas, radicales y republicanos, no todos masones, mientras que muchos de entre los más famosos «hermanos» se inclinaban con el gobierno. La enmienda Moschini fue por su parte rechazada por 333 votos contra 106 y una abstención. El orden del día filo-gubernativo, por el contrario, fue aprobado por 279 diputados contra 129 y una abstención. Aunque no se hubiese subyacido un cierto murmullo de inminentes elecciones generales, muchos diputados «laicos» no podían ciertamente ignorar la realidad del país y de los respectivos colegios, puesta a prueba por la masiva movilización de las organizaciones católicas contra la moción Bissolati.

El carácter de esta última era la expresión y el programa político de los bloques populares, que se habían convertido en más temibles precisamente por su victoria en

la Capital. Cualquiera que fuese la convergencia entre socialistas-reformistas, radicales (vinculados con los republicanos) y liberaldemocráticos, generalizada y afirmada en las administraciones locales (antigua fortaleza de los católicos que habiendo perdido el senado trataban de conquistar la sociedad), se podía entrever verdaderamente el fin de la hipoteca clerical sobre la clase dirigente y un giro histórico que habría conferido realidad concreta a la retórica fórmula de la Tercera Italia. Pero en pocos meses se recogieron y enviaron a la presidencia del Consejo de Ministros cerca de un millón de firmas, en contra de la moción Bissolati y para sostener la reconquista católica de la escuela pública. Sólo en Mesina se obtuvieron veinte mil. Los principios y métodos del *referendum* popular (sobre el que la democracia laica apuntaba con ingenua seguridad) gozaban de tal aceptación, que la Iglesia había difundido siempre, desde los tiempos de Solaro della Margarita, que estaba presta a pasar del *non expedit* al sufragio universal, extendido también a las mujeres.

Germen del «último gran debate desarrollado en el seno del parlamento de la Italia liberal» (juicio de Alberto Aquarone que compartimos), la moción de Bissolati aunque no consiguió el objetivo que se había prefijado (prohibir la enseñanza de la religión católica en la escuela elemental), obtuvo involuntariamente tres éxitos del todo imprevistos y, para la suerte de la identidad entre liberalismo y militancia laica, en absoluto perniciosos.

En primer lugar el voto de 27 de febrero de 1908 puso de manifiesto que la antigua separación neta entre el Estado (y las instituciones emanadas de él como la escuela pública) y la Iglesia contaba tan solo con el incondicional sostén 60 diputados sobre 508, es decir en torno al 11,5% de la Cámara. En el senado idéntica moción habría presumiblemente obtenido una votación incluso más significativa. La Tercera Italia, en resumen, quedaba en deuda con Pellico, Gioberti, Balbo, Casati, Ricasoli, Minghetti y Lanza, con los criptoconciliadores como Depretis, Rudinì y Crispi y, además, con Pietro Santa Rosa, Massimo d'Azeglio, Riccardo Sineo y Zanardelli. En medio quedaban los Cavour y Giolitti, para los que Estado y Santa Sede eran entidades paralelas destinadas a no encontrarse, pero administración pública e Iglesia tenían en cambio campo libre para colaborar en la investigación de la estabilidad social y de las instituciones en toda su extensión.

En segundo lugar, tres años después de ruda liquidación del modernismo, condenado sin apelación por la *Pascendi dominicis gregis* de 1907, la Iglesia situó la urgencia de dotarse del «catecismo de Pío X», es decir de un formulario adecuado, apto para memorizar dogmas, mandamientos, preceptos, misterios y novísimos, prácticas sacramentales y todo cuanto concurría a diseñar el mapa de la *pietas* dictada por el magisterio infalible del pontífice y de la *ecclesia docens*. Precisamente como reacción a las demandas del «libre pensamiento», la rígida religiosidad del catecismo logró efectos de largo alcance sobre la mentalidad de las masas. Por último, aquel voto cayó demoledoramente sobre la Masonería italiana.

LA LARGA HERENCIA DE LA MOCION BISSOLATI

Permanecen oscuras las razones por las cuales el Gran Oriente de Italia hizo de Bissolati (del que no ha sido probada ni su iniciación ni que perteneciera al ala ya minoritaria del partido socialista) la punta de lanza de la ofensiva contra el catecismo en las escuelas. Tal elección podía quizás obedecer a un intento de paralizar la campaña ya activa en el PSI, por la que se intentaba incompatibilizar la inscripción al partido y la afiliación masónica²⁷. Vista desde una perspectiva más general, podría traspasar el intento de aplicar a los posicionamientos parlamentarios la alianza de bloque popular que había alcanzado importantes logros en muchas ciudades de Italia, pero estaba lejos de poseer las bases necesarias para conseguir una plataforma parlamentaria ganadora. Igualmente es muy probable que la «operación Bissolati» hubiera sido concordada según las arcaicas reglas del método conspiratorio: inicialmente tramada entre pocas personas, pero cada una de las cuales se comprometía a vincular después su respectivo séquito. Si fue así, el voto del 27 de febrero probó que se trataba de un método superado.

Las consecuencias intramasónicas del resultado de la votación fueron trascendentales. Precisamente porque el Gran Maestro, secundado por el ala intransigente de la Orden, había lanzado numerosas apelaciones a la «disciplina», no podía dejar pasar en silencio la derrota. Ettore Ferrari puso a discusión lo sucedió en la primera reunión de la Junta Ejecutiva de la Orden, sin tener en cuenta que la derrota se había sufrido en una Aula en la que no había motivo de pretensiones de poder, ni tenía parte alguna como Gran Maestro. En el momento de la votación estaban ausentes los «hermanos» Cascino, Costa, Marinuzzi, Santoliquido, Vecchioni, Larizza y Galluppi. Entre los que se encontraban presentes, habían votado a favor de la moción Bissolati: Antolisei, Barzilai, Battelli, Berenini, Castellino, Comandini, De Marinis, Finocchiaro Aprile, Fulci, Gattorno, Loero, Riccardo Luzzatti, Ferdinando Martini, Masini, Pozzato, Spada y Valeri. En contra se habían alineado Leonardo Bianchi (ex-ministro de Instrucción en el gobierno Fortis y futuro ministro sin cartera en el gobierno Boselli), Giovanni Camera (ex-subsecretario en Hacienda en el segundo gobierno Giolitti y con Fortis), el hebreo libornés Dario Cassuto, Faelli, el mismo Fortis, Francica-Nava, Guerritore, Pascale, Ruspoli, Crociani y Fornari. Los tres últimos no habían sin embargo recibido la circular intimidatoria del Gran Maestro.

Como excusa general de estos votos en contra pudo aducirse que algunas interpretaciones habían atribuido a la moción Bissolati un significado «completamente ateo», concepto que ningún masón estaba obligado a compartir, no siendo desmentidas por el ponente. Este argumento era sin embargo muy débil frente a la petición de un definitivo esclarecimiento sobre la apertura a los

²⁷ Para orientación bibliográfica sobre el antimasonismo de los socialistas maximalistas: Mimmo FRANZINELLI, *Ateísmo, laicismo, anticlericalismo. Guida bibliografica regionata al libero pensiero ed alla concezione materialistica della storia*, Ragusa, 1990; y nuestra ponencia sobre «Massoneria e socialismo meridional», en curso de publicación en las Actas del congreso histórico *Il socialismo nel Mezzogiorno d'Italia, 1892-1926*, (Messina, 4-6 octubre 1990), Bari, Laterza, 1991.

católicos proyectada por parte de algunos miembros del gobierno. Incluso el «hermano» y ex-presidente del Consejo de Ministros, Alessandro Fortis, se había hecho intérprete de ella en el famoso discurso de Poggio Mirteto y había dimitido de la Junta del Gran Oriente de Italia, con Giovanni Camera, rechazando con esta decisión las censuras recibidas a su planteamiento.

La presión de muchas logias, sobre todo de las que se habían incorporado recientemente a la comunión del Gran Oriente de Italia procedentes del ex-cismático Gran Oriente Italiano de Malachia De Cristoforis, indujo finalmente a Ferrari a autorizar que se pusiese en marcha un proceso masónico regular contra el ministro Luigi Rava y otros parlamentarios notoriamente anticlericales. Rava, Camera, Leonardo Bianchi y otros improvisados «catequistas», obtuvieron, sin embargo, la solidaridad de Saverio Fera, pastor de la Iglesia Evangélica Italiana, Caballero de la Corona y ex-Venerable de la logia *Michelangelo* de Florencia. Con el pleno apoyo del valdense Teofilo Gay, Fera se pronunció en nombre de la tolerancia fracmasónica, a su parecer pisoteada por Ferrari, y aglutinando a 21 de los 79 «hermanos» investidos del grado 33º del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, declaró irradiados a cuantos no le siguieran y, el 24 de junio de 1908, proclamó el nacimiento de una Gran Logia de Italia controlada por su recién nacido Supremo Consejo.

Sin entrar en la valoración de la contienda interna de la Masonería conviene subrayar, por los reflejos que se derivaron de ello en la vida parlamentaria, que en el gobierno de la Orden, el lugar de Camera, Carelli y Miranda (expulsados), de R.V. Palermi (dimitido) y de A. Vecchini (en sueños), lo ocuparon Oreste Dito, Eduardo de Vincentis, Raffaele De Venditti, Oracio Rebuffat, Giugno Solini. Simultáneamente ascendían al Supremo Consejo del Rito: Adolfo Banti, Arturo Ancona, Alfredo Brogi, Ottavio Parenti, Dario Carvoni, Liugi Maniscalco, Umberto Monteverde, Ugo Bettini y Paolo Emilio Ribotti, en lugar de Pastore, Ricciardi, Fera, Peretti, Cassuto, De Paolo, Enrico Pegna, Giovanni Lavagna y Temistocle Zona (8 de agosto de 1908). Así, los altos grados de la Orden, tras registrar una inflexión en el nivel de representatividad política y de competencia en la vida cultural italiana, estuvieron más expuestos a las presiones de una «base» alborotadora y desbordante, cuyos estados de ánimo se reflejaban en la *Rivista Massonica*. Un buen ejemplo fue el artículo titulado: «Iniciación de socialistas»: triunfal anuncio contra toda la tradición de una pacificación entre logias y secciones del partido, en realidad en absoluto alcanzada.

El balance de la compleja disputa sobre la enseñanza religiosa en la escuela elemental debe hacerse en otro plano diferente: la adecuación de la instrucción a las verdaderas necesidades de un país comprometido en el proceso de industrialización. La delegación hecha a las administraciones locales de la tarea de dirimir el conflicto (que en realidad hacía referencia a la naturaleza y fines de la escuela, desde cuya fundación se había hecho cargo orgullosamente el Estado unitario, acometiendo, por consiguiente, los destinos mismos del joven reino), más que mostrar una sabia tolerancia, puso en evidencia la incapacidad de la dirección liberal de «constituir un sistema educativo anclado en las diversas realidades de la

sociedad italiana del tiempo, planificado, a breve y largo plazo, en función de aquel proceso de desarrollo industrial y de modernización de las estructuras técnicas y agrarias que estaba aun en su accidentada fase inicial y tantos obstáculos iba encontrando en su curso.

Precisamente en los años durante los cuales se realizó el máximo esfuerzo por adecuar los medios al fin, aun en el sector de la instrucción obligatoria (como después se confirmó con la ley Daneo-Credaro), el Estado, por un lado, no consiguió cualificar la instrucción profesional apropiándola verdaderamente al proceso del desarrollo industrial y, por otro lado, terminó por dejar a las generaciones venideras, en pesada herencia, la arcaica disputa sobre la mayor o menor presencia de la enseñanza religiosa en la escuela obligatoria. La polémica cuestión fue posteriormente resuelta, en sentido letal para la laicidad del Estado, con la ley Gentile y con los Pactos Lateranenses. Así la recibió intacta la República y trata de afrontarla, con penosos esfuerzos, como ha quedado dicho al comienzo de este trabajo.